

## SEGUNDA INSTRUCCION PRELIMINAR.

OBLIGACION DE OBSERVAR LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS;  
QUE SU OBSERVANCIA ES POSIBLE.

TEXTO. — *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas, propter retributionem.* Incliné mi corazón á cumplir vuestros justos mandamientos por causa de la recompensa, con que remuneráis su cumplimiento.

(PSAL. CXXIII, 112).

EXORDIO. — Hermanos carísimos, en la instrucción precedente os hemos manifestado como Dios había impuesto á los hombres sus divinos mandamientos, demostrándoos en pocas palabras cuán justos y sabios eran éstos... Pero no está todo ahí... Dios en su inmensa misericordia ha prometido grandes recompensas á los que los guardasen fielmente... Ese cielo, ese magnífico Paraíso, de que tantas veces os hablamos, debe ser la pingüe herencia de aquellos. El santo rey David había sido un gran pecador; pero lleno de confianza en la bondad de Dios hace grandes esfuerzos, combate sus pasiones, lucha contra las seducciones que rodean la dignidad real, para mostrarse fiel desde el punto de su arrepentimiento. « Si, Dios mío, exclama él, vuestros mandamientos son justos y quiero observarlos... A pesar de las malas inclinaciones que se levanten en lo sucesivo dentro de mi corazón, para turbarlo y excitarlo al mal, procuraré inclinarlo á la guarda de vuestra santa ley... » Y porqué, o príncipe esforzado, tratáis de imponer un freno á vuestras pasiones?... Porqué no decís, como tantos cristianos de nuestros días, es menester gozar de la vida, acumular bienes, satisfacer las inclinaciones de la naturaleza?... En medio de las adversidades que á veces les sobrevienen, en lugar de repetir con vos « Dios es justo, y me castiga, porque le he ofendido mucho, » oigo que se quejan y murmuran. Ah; hermanos míos, la causa de esto

está, en que no ponderamos, ni meditamos las recompensas, que nos aguardan y estamos desprovistos de esta fé enérgica que tenía el profeta, cuando decía: « Sí, yo he dispuesto mi corazón á observar fielmente vuestros mandamientos, porque la paga, que me espera, es grande. » *Inclinavi cor meum*, etc.

PROPOSICIÓN. — Me propongo, pues, hermanos míos, demostraros en la presente instrucción la obligación rigurosa que tenemos, de observar todos los mandamientos de la Ley de Dios, sin exceptuar uno solo, y probar á la vez, que esta observancia es posible á cada uno de nosotros.

DIVISION. — *Primero*, pues: Obligación que tenemos de observar los mandamientos de Dios; *Segundo*: Nos es posible observarlos.

*Primera parte.* — Bástame, cristianos, apelar á vuestro buen sentido natural, para haceros entender que estamos obligados á someternos á los mandamientos de Dios y á observarlos fielmente... Penetremos juntos en el seno de la primera familia que se nos ocurra ¿ Veis ese padre? Él da sus órdenes á los numerosos hijos reunidos en rededor suyo. Ninguno le escucha, todos deprecian su palabra, le miran con desdén y hacen burla de sus prescripciones. Así sucedía ayer y lo mismo pasará mañana... Vosotros vituperáis, y con razón, el proceder de esos hijos... Pero, decidme, ¿ qué pensáis de ese padre que no sabe hacer respetar su autoridad?... Que es un pobre hombre, un carácter apocado, incapaz de gobernar una familia. Y nosotros, cristianos, al despreciar los mandamientos que nos ha dado nuestro Padre celestial, que es en los cielos la cabeza suprema de la gran familia humana, al hacernos como un juego de violarlos, ¿ qué idea nos formamos de Él? ¿ Es que será Él también un padre débil, incapaz, que da mandamientos á sus hijos, para que éstos puedan impunemente despreciarlos? Ciertamente, hermanos míos, que tener una idea semejante de este soberano Dueño que gobierna al mundo, sería blasfemar de su sabiduría y ultrajar sus perfecciones infinitas... Luego, cuando Dios manda, nosotros, como hijos suyos, tenemos obligación de obedecerle.

Pero dicen ciertos impíos y algunos malos cristianos, es imposible observar todos los mandamientos de Dios. Hermanos carísimos, examinemos juntos lo que pueden significar estas palabras. ¿Cuál, pues, de los mandamientos os parece imposible? Es el que os obliga adorar á vuestro Criador y á dirigirle vuestras oraciones por la mañana y por la noche? Creo sin duda que no sera éste. ¿Será acaso el que os prohíbe blasfemar del santo nombre de Dios? Ah no, vosotros mismos convendréis en que el hábito de blasfemar y perjurar es algo de vil y abyecto, indigno de un hombre y una mujer que se respeten á sí mismos. — Mas ya comprendo... Imposible, diréis vosotros, no trabajar el Domingo; el tiempo es malo, el trabajo apremia, ahora es el tiempo de la cosecha, la estación de la vendimia. — Sin duda, creeréis haber dado una buena respuesta... Pero no, no; Dios que hace crecer las espigas en vuestros campos y las uvas en vuestras viñas, es quien ha dado este mandamiento, y teneis obligacion de observarlo... La prueba de que es posible está, en que vuestros abuelos se mostraban fieles á él y en ciertos países se observa todavía con fidelidad; y vuestros abuelos eran por lo menos tan ricos y sin duda más felices que vosotros...

Otros dirán: Nos es imposible el ser castos, el perdonar á nuestros enemigos, el abstenernos de murmurar. ¿Qué sé yo? Escuchad, hermanos carísimos, mi respuesta; vosotros sois probos y honrados. Pues bien; supongamos un ladrón que hace el mismo discurso. Él ha robado vuestras ropas y dinero; él es preso y convicto; los jueces le interrogan... Me es imposible, contesta el ladrón, vivir honradamente, yo no puedo observar el mandamiento que prohíbe apoderarse del bien ajeno, ¿Qué pensaríais vosotros de su respuesta? « Jueces, diríais, condenad ese bribón, ese perrillán. ¿Qué sería de la sociedad, si fuesen atendidas semejantes excusas?.. » Pues bien, vosotros, que os entregais á vuestras locas pasiones, que educáis mal á vuestros hijos, que profanais el Domingo, tenedlo entendido; Dios no acogerá vuestras excusas y saldréis condenados muy justamente de su santo tribunal.

Basta, hermanos carísimos, conocer á Dios, reflexionar un instante sobre su bondad, sobre su justicia, para convencernos de

que nos es posible observar sus divinos mandamientos... Hemos hablado ya de un padre, volvamos á esta comparacion. Supongamos una enorme piedra y que un padre dice al menor de sus hijos: « Hijo mío, te mando que tomes en tus brazos esa piedra, y que la trasportes al monte vecino. » ¿No diríais, que ese hombre es un insensato, al exigir de su hijo semejante obra? Pues los que pretendéis, que la observancia de los divinos mandamientos es imposible, comparais á Dios, el mejor de los padres, á ese hombre estúpido y sin juicio. Ea, pues, ¿no es manifiesto, que la observancia de los mandamientos de Dios no es imposible y que tenemos la obligacion rigurosa de someternos á los mismos?...

*Segunda parte.* — Y cuántas pruebas podría citáros aun para demostrar esta verdad, para haceros entender bien que nos es posible y hasta fácil por parte de nosotros guardar los preceptos divinos!... Aquí nos sale el encuentro el profeta David, afirmando que los mandatos del Señor *son rectos y regocijan al corazón*<sup>1</sup>. Allá es el apóstol S. Juan que nos dice; que *los mandamientos de Dios son fáciles*<sup>2</sup>; en fin el mismo Jesucristo nos asegura, que *el yugo que Él nos impone, es suave y ligero*<sup>3</sup>.

Pero quiero aduciros pruebas mas persuasivas todavía, sacadas de la *Vida de los santos*. Hace apenas algunos años, que el soberano Pontífice colocaba en el rango de los bienaventurados á un gran número de mártires que en un país, llamado el Japon, habían preferido sufrir los mas crueles tormentos, antes que negar la fé cristiana<sup>4</sup>... ¡ Ah! aquellos valerosos cristianos habían podido muy bien guardar la ley del Señor... Arrodillados cerca de las cruces, en que iban á morir, la oracion se exhalaba todavía de sus labios, y todos, padres y madres y hasta los niños mas pequeños repetían. « A un solo Dios adorarás; » y luego fueron muriendo con la misma fortaleza y la misma alegría, con que morían los antiguos már-

1. Psalm, xviii, 9.

2. I. Joan. 3.

3. Matth. xi, 30.

4. *Mártires del Japon* por el P. Charlevoix.

tires. ¡ Ah, hermanos carísimos, este valor de los santos mártires confundirá un día nuestra cobardía y nuestra pereza, por la que descuidamos la oración de la mañana y de la noche, pretendiendo que nos es imposible tributar á Dios que nos ha criado, los obsequios y adoraciones que le debemos !

¿ Me será aun preciso hacer mencion de tantos otros mártires que espiraron en medio de las torturas, por no haber querido blasfemar del nombre de Dios Todopoderoso, ni de Jesucristo su único Hijo ? Pero no ; el mandamiento que en nuestros días parece el mas difícil y el que mas veces y mas escandalosamente se viola es el que nos obliga á santificar los días festivos. La codicia y avaricia alegan mil y mil razones para dispensarse de observar este precepto. Seamos sinceros, examinemos, aunque vosotros no lo ignoreis, lo que valen estas razones. Decís que no teneis tiempo de asistir á los oficios divinos el Domingo ; pero que venga á visitaros un amigo, un pariente, y no faltaréis en recibirlos y pasaréis largas horas á su lado, y lejos de quejaros del tiempo empleado en eso, no pocas veces encontraréis demasiado corta su visita... Y sin embargo ¿ osaréis decir, que no teneis oportunidad para consagrar algunas horas por semana á tratar con Dios que de todos modos es vuestro primer padre y vuestro mejor amigo ? Cada Domingo nosotros, vuestros párrocos, ofrecemos el santo sacrificio por vosotros, por vuestras necesidades y por el bien de la parroquia entera ; ¡ y vosotros os excusais de asistir á él bajo los mas frívolos pretextos ! ¿ Es que no teneis fé, que ya no sois cristianos ? ¡ O Jesús, Dios de la Eucaristía, permitidme dirigiros la misma súplica, que vos mismo dirigisteis á vuestro Padre : « Dios mío, perdonadlos, porque no saben lo que hacen !... » Hermanos carísimos, permitidme añadir que todos los que están en el cielo, santificaron el día del Señor, y diré además para vosotros, estimados obreros, que ellos fueron en la tierra menos desgraciados que vosotros y sobre todo mas tranquilos en la hora de la muerte sobre el juicio, que les esperaba...

Los santos honraron tambien á sus padres ; creo inútil insistir sobre este punto y contaros la historia tan sabida del jóven Tobías

explicándoos la docilidad con que escuchaba sus avisos y el piadoso respeto de que rodeaba su vejez. Como pretendo ser corto, voy á deciros sólo algunas palabras sobre el sexto precepto que prescribe el pudor, la modestia, la castidad. Escuchad sobre este particular á S. Agustín : « Yo tambien, dice, antes de convertirme, creía imposible observar este mandamiento : No fornicarás. Las pasiones, la costumbre tiránica de entregarme al mal trataron de quebrantar mis resoluciones ¿ Cómo, me decían ellas con voz seductora, nos rechazas y renuncias á nosotras para siempre ? ¿ podrás acaso vivir sin nosotras ? Entonces yo me representaba esa multitud de mancebos, de doncellas, la cristianos de toda edad y sexo que habían sabido resistir á los estímulos de la lujuria y conservar una virtud perfecta, y decíame á mí mismo : ¿ Cómo no podrás tú con la gracia de Dios lo que han podido tantas almas expuestas á las mas fuertes seducciones ? Y me avergonzaba de mi debilidad, y por el ejemplo de esos fieles cristianos entendía, que era posible y aun fácil guardar todos los mandamientos del Señor <sup>1</sup>. ».

PERORACION. — No quiero proseguir, hermanos míos ; mas tarde al explicaros cada uno de los mandamientos, os manifestarémos con mas evidencia esta verdad... Mas desde ahora debeis saber que estamos obligados á observar todos los mandamientos de Dios, y que podemos guardarlos con toda fidelidad, pues todos los santos que están en el cielo, deben la felicidad de que gozan, á la sola exactitud en practicarlos... Sin embargo debo haceros presente, al terminar, que tenemos necesidad de la gracia de Dios, para cumplir bien todas las obligaciones que ellos encierran... Dios no nos negará esta gracia, con tal que se la pidamos con humildad y de todo corazon.

Pero ya sabeis, que hay dos suertes de gracia, la una, llamada *habitual*, y es la vida del alma y la exención del pecado mortal... Si nosotros la poseemos, la observancia de los mandamientos se nos hace mas fácil, á la manera que el hombre que goza de buena

1. *Confesiones y meditaciones, passim.*

salud, ejecuta con facilidad los trabajos que le fueran imposibles si estuviere flaco ó enfermo... Vivamos, pues, siempre en estado de gracia y no sólo nos será posible, sino también fácil guardar los preceptos divinos. El otro género de gracia que se llama *actual*, es un socorro que nos comunica la bondad de Dios, cuando lo necesitamos. Un socorro de semejante naturaleza es el que fortificaba á S. Lorenzo sobre las parrillas, y á los otros mártires en medio de sus tormentos. Son también gracias actuales esas luces, esos buenos movimientos que ilustran, sostienen y dirigen á los buenos cristianos en medio de las dificultades que puede ofrecer á nuestra naturaleza caída la observancia de los mandamientos de Dios... Pues bien, en nuestra mano tenemos un medio infalible, para obtener estas gracias; tal es la oración... Hermanos carísimos, una madre piadosa decía á su hijo que llegó á ser santo <sup>1</sup>. « Hijo mío, en las tentaciones dí á la santísima Virgen: Mi buena Madre, venid en mi auxilio, y ella te ayudará. » Yo también, os digo, cristianos, que en las dificultades que encontréis en la observancia de los mandamientos de Dios, digais á vuestro Padre celestial, á nuestro divino Salvador, á su dulce y tierna Madre la Virgen María. Venid en mi auxilio, y estad seguros que ellos os ayudarán... Así sea.

1. El Beato Crispin de Viterbo.

### TERCERA INSTRUCCION.

#### PRIMER MANDAMIENTO.

#### PRIMERA INSTRUCCION.

ESTAMOS OBLIGADOS A ADORAR A DIOS ; DE QUE MANERA DEBEMOS ADORARLE.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies* : Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.

(Matth. cap. iv. v. 10.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuéntanos el Evangelio, que mas de una vez los Escribas y Fariseos que eran los enemigos de nuestro divino Salvador, probaron de ponerle en conflicto, proponiéndole cuestiones difíciles, mirando de sorprenderle en sus palabras y de comprometer su sabiduría; vanas tentativas que acababan siempre por volverse contra ellos y servían para confundirlos mas!

Un día apiñáronse ellos en gran número alrededor del mismo, y le abrumaban de preguntas á las cuales respondía el Señor con una calma perfecta y con una prudencia divina. — Maestro, le decía uno, ¿ débese pagar el tributo al César? — La moneda, respondió él, lleva la efigie del César; dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios... Apenas había acabado de probar á otro la resurrección de la carne, cuando un tercero se le acerca y le hace esta pregunta: ¿ Maestro, cuál es el principal mandamiento de la ley de Dios?... ¿ Quería acaso instruirse? Es posible que sí <sup>1</sup>... ¿ Pretendía tentar su sabiduría?... ¿ quién sabe? ... Pero escuchad la respuesta que le hizo nuestro amoroso

1. Véase S. Marcos, c. xii, v. 94.

2. S. Mateo dice; *tentans eum*. c. xxii, 35.